

PARTE I. El nuevo gobierno se constituyó por el modelo del califado de Oriente. La libertad se manifiesta bajo multitud de formas; pero el despotismo parece que no tiene sino una: por lo menos así se ve en las instituciones fundadas en el Koran. El soberano era el depositario de todo poder, la fuente del honor y el árbitro de la vida y de los bienes; se titulaba *gefe de los creyentes* y tenía como los califas de Oriente una supremacía absoluta, espiritual y temporal. El país estaba dividido en seis capitanías ó provincias, cada una de las cuales era mandada por un *wali* ó gobernador, con oficiales subalternos que tenían jurisdicción inmediata sobre las principales ciudades. La inmensa autoridad y ambición de estos pequeños sátrapas llegaron á ser copioso origen de rebeliones en los tiempos adelante. El califa gobernaba con el parecer de su *mexuar* ó consejo de estado, compuesto de sus principales *cadís* y *hagibs* ó secretarios. El oficio de primer ministro ó *gefe de los hagibs*, correspondía en la especie y variedad de sus funciones al de gran visir de los turcos. El califa tenía derecho de elegir sucesor entre su numerosa progenie; y esta elección se ratificaba inmediatamente por el juramento de fidelidad que prestaban al futuro heredero los principales funcionarios del estado ¹¹.

Carácter de los soberanos. Los príncipes reales, lejos de consumir su juventud, como en Turquía, en el recinto del harem, se confiaban á la dirección de hombres sabios para que los instruyeran en las cosas convenientes á su estado: concurrían también á las academias, que eran famosas, en particular las de Córdoba, en donde tomaban parte en las discusiones, y frecuentemente obtenían los premios de poesía y elocuencia; y así en la edad madura daban los frutos que debían esperarse de su educación temprana. La dinastía de los Omeyas no tiene que temer la comparación con cualquiera otra que haya reinado por tanto tiempo en la Europa moderna. Muchos de ellos ocupaban sus ocios escribiendo composiciones poéticas, de las cuales Conde en su historia nos ha dado numerosas muestras; y algunos dejaron obras muy acabadas y eruditas que han conservado constante reputación entre los estudiosos de la literatura árabe. Sus largos reinados, de los cuales los diez primeros llenan un período de dos siglos y medio, sus tranquilas muertes, y la sucesión no interrumpida en la misma familia por tan-

11 Conde, Dominación de los árabes, parte 2, capítulos 1 á 46.

tos años, manifiestan que su autoridad debió de estar fundada en el amor de los súbditos. En efecto, parece que todos ellos, exceptuados uno ó dos, los rigieron con un gobierno verdaderamente paternal; y se dice que cuando morían, el pueblo deshecho en lágrimas acompañaba sus restos al sepulcro, en donde se concluía la ceremonia con un elogio público de las virtudes del finado, que hacía su hijo y sucesor. Este agradable cuadro moral ofrece extraordinario contraste con las sangrientas escenas que acompañan de ordinario á la trasmisión del cetro de una generación á otra en las naciones de Oriente ¹².

Los califas españoles mantenían mucha fuerza militar, y ponían en campaña con frecuencia dos ó tres ejércitos á un mismo tiempo. La flor de estas fuerzas consistía en un cuerpo de guardia, que sucesivamente se fué aumentando hasta doce mil hombres, de los que una tercera parte eran cristianos, magníficamente vestidos y pertrechados, y que tenían por gefes á personas de la familia real. Sus contiendas con los califas de Oriente, y con los piratas berberiscos, les obligaban á mantener también una marina respetable, que se armaba en los numerosos puertos de la costa desde Cádiz á Tarragona.

Pero en lo que mas se ostentaba la magnificencia de los Omeyas era en los edificios públicos, palacios, mezquitas y hospitales, y en la construcción de cómodos muelles, fuentes, puentes, y de acueductos que horadando las montañas, ó pasando los valles á través de arcos grandiosos, rivalizaban en magnificencia con los monumentos de la antigua Roma. Estas obras se veían mas ó menos en todas las provincias, pero especialmente hermoseaban á Córdoba, capital del imperio. La deliciosa situación de esta ciudad, en medio de una llanura fértil y regada por el Guadalquivir, la hizo desde muy antiguo mansión predilecta de los árabes, que gustaban de rodear sus casas, aun dentro de las poblaciones, con risueños jardines y cristalinas fuentes, cosa tan agradable para la imaginación de un errante del desierto ¹³.

12 Ibid. ubi supra.—Masdeu, Historia Crítica, t. XIII, pp. 178, 187.

13 Un viajero, cuyas descripciones ostentan los apasionados coloridos del Oriente, da razón de que existe el mismo gusto en el día. "Así desde que se acerca uno, ora sea en Europa ó en

Asia, á una tierra poseída por los musulmanes, se la conoce desde lejos por el rico y sombrío velo de verdor que ondea graciosamente sobre ella: árboles para sentarse á su sombra, fuentes saltadoras para adormecerse al sonido de su murmullo y silencio, y mezquitas

PARTE I.

Las plazas públicas y los patios particulares estaban llenos de saltaadores de agua abastecidos por copiosos riachuelos, que descendían de Sierra-Morena, y cuyas aguas, además de proveer á nuevecientos baños públicos, se conducían á lo interior de las casas, en donde deramaban grata frescura hasta en los dormitorios de sus voluptuosos habitantes¹⁴.

Gran mezquita de Córdoba.

Sin detenernos en el magnífico capricho de los califas, el palacio de Azahara, del cual no queda ya el menor vestigio, podemos formarnos suficiente idea del gusto y magnificencia de aquella era por los restos de la famosa mezquita que hoy día es catedral de Córdoba. Este templo, que aun ocupa mas espacio que ninguna otra iglesia del orbe cristiano, se reputaba el tercero en santidad por los mahometanos, siendo solo inferior á la Alaksa de Jerusalem, y al templo de la Meca. La mayor parte de sus antiguas glorias se han perdido á la verdad há mucho tiempo. Los ricos bronceos con bajorelieves que guarnecían sus puertas, las miriadas de lámparas que iluminaban sus bóvedas, han desaparecido, y sus techos de maderas odoríferas, y primorosamente talladas, se han arrancado para hacer guitarras y cajas de tabaco. Pero aun se conservan sus mil columnas de variados mármoles; y sus dimensiones en lo general, aunque hay quien afirma lo contrario, parece que son en gran parte las mismas que fueron en tiempo de los sarracenos. Con todo, los críticos europeos censuran sus bellezas mas acabadas como pesadas y bárbaras; critican sus célebres puertas como pequeñas y de muy mal gusto; su multitud de columnas dicen que le da el aspecto de un parque mas bien que de un templo; añaden que su conjunto viene á ser aun mas inconexo por la desigual longitud de los fustes de las columnas, que se compensan de un modo grotesco por una correspondiente variación en los tamaños de las basas y chapiteles, que imitan toscamente el orden corintio¹⁵.

con airosos minaretes, que se levantan á cada paso del seno de una tierra piadosa." Lamartine, Voyage en Orient., t. 1, p. 172.

14 Conde, Dominación de los árabes, t. 1, pp. 199, 265, 284, 285, 417, 446, 447 y en otras partes.—Cardonne, His-

toire d'Afrique et d'Espagne, t. 1, pp. 227, 230 y siguientes.

15 Conde, Domin. de los árabes, t. 1, pp. 211, 212, 226.—Swimburne, Travels Through Spain (Londres, 1787), cart. 35.—Xerif Alodris, conocido por el Nubiense, Descripción de España

Pero si todo esto nos da una idea muy poco favorable del gusto de los sarracenos en aquella época, que ciertamente por lo que hace á la arquitectura parece fué muy inferior á la de los últimos príncipes de Granada, no podemos menos de admirar la grandeza de sus recursos para llevar á cabo obras tan magníficas. Dícese en esplicación de esto, que sus rentas ascendían á ocho millones de *mitcales* de oro, ó unos seis millones de libras esterlinas, suma quince veces mayor que la que Guillermo el Conquistador pudo arrancar á sus súbditos en el siglo siguiente, con todas las invenciones de exacción de los tiempos feudales. La hipérbole que distingue á los escritores asiáticos les da poco derecho á ser creídos en sus cálculos numéricos. Pero la misma riqueza se atribuye á otros príncipes mahometanos de aquel tiempo; y por otra parte la extraordinaria ventaja de los árabes sobre los estados cristianos del Norte, en artes y en industria productora, puede dar razón de la consiguiente superioridad de sus recursos.

Las rentas de los soberanos de Córdoba procedían del quinto de los despojos de la victoria, artículo de gran monta en una época de incesantes guerras y rapiñas; de la enorme contribución de un décimo sobre el producto del comercio, de la agricultura, de la ganadería y de las minas; de un tributo de capitación sobre los judíos y cristianos, y de ciertos impuestos sobre el transporte de las mercancías. Comercian también aquellos reyes por su cuenta, y de las minas pertenecientes á la corona sacaban una parte considerable de sus recursos¹⁶.

con traducción y notas de Conde (Madrid, 1799), págs. 161, 162.—Morales, Obras, t. x, p. 61.—Chenier, Recherches historiques sur les Maures, et histoire de l'Empire de Maroc (Paris, 1787), t. II, p. 312.

16 Conde, Dominación de los árabes, t. 1, pp. 214, 228, 270, 611. Masdeu, Historia crítica, t. XIII, página 118.—Cardonne, Hist. D'Afrique, et D'Espagne, t. 1, pp. 338, 343.—Casiri copia de un historiador árabe las condiciones con que Abderrahman I ofreció su alian-

za á los príncipes cristianos de España, á saber, el pago del tributo anual de 10.000 onzas de oro, 10.000 libras de plata, 10.000 caballos etc., etc. Lo absurdo de este cuento, repetido inconsideradamente por los historiadores, si hubiera necesidad de probarlo, estaria bastante manifesto en el hecho de ser el documento en que se apoya de fecha del año 142 de la egira, que es poco mas de 50 años despues de la conquista. Véase la Biblioteca Árábico-Hispana Escorialensis (Matriti, 1760), t. II, p. 104.

CAP. VIII.

Rentas.

PARTE I.

Riqueza mine-
ral de España.

Antes del descubrimiento de América, España era al resto de Europa lo que sus colonias han sido despues: el fecundo manantial de las riquezas minerales. Los cartagineses, y posteriormente los romanos, sacaban de su suelo grandes cantidades de metales preciosos. Plinio, que residió algun tiempo en aquel país, refiere que se decia que tres de sus provincias habian dado al año la increíble suma de sesenta mil libras de oro¹⁷. Los árabes con su acostumbrada actividad penetraron en estos arcanos de las riquezas; y así es que se encuentran aún abundantes vestigios de sus trabajos en las peladas cimas de las montañas del Norte de Andalucía. No bajan de cinco mil las escavaciones de los moros que el diligente Bowles cuenta en el reino ó distrito de Jaen¹⁸.

Agricultura y
fábricas.

Pero la mina mas rica de los califas consistia en la industria y sobriedad de sus vasallos. Las colonias de los árabes se han clasificado justamente entre las agricultoras. Sus conocimientos en el arte del cultivo de los campos están patentes en sus voluminosos tratados sobre esta materia, y en los vestigios que en todas partes han dejado de su modo especial de cultivar la tierra. De ellos procedia el sistema de riego que ha fertilizado por tanto tiempo la parte meridional de España. Los árabes introdujeron tambien en la Península varias plantas y vegetales de los trópicos, que se han dado en su suelo como en el de aquellos. El azúcar, que los modernos españoles han tenido que llevar del extranjero en gran cantidad para su consumo interior, hasta mediados del siglo último en que empezaron á sacarlo de su isla de Cuba, constituia uno de los ramos principales de esportacion de los árabes de España. Las manufacturas de sedería estaban muy adelantadas entre ellos; y el geógrafo Nubiense refiere, á principios del siglo XII, que habia seiscientos pueblos ocupados en esta industria, en solo el reino de Jaen, en un tiempo en que los europeos no la conocian mas que por su tráfico de segunda mano con el imperio griego. Las sederías, juntamente con buenos tejidos de algodón y de lana, formaban el caudal de un comercio activo con Levante, y especialmente con Constantinopla, desde donde se derramaban por medio de las caravanas del Norte en los países relativamente bárbaros de la cristiandad.

17 Hist. Naturalis, lib. 33, cap. 4.

de l'Espagne, trad. par Flavigny (Pa-

18 Introduction à l'Histoire naturelle

ris, 1776), p. 411.

CAP. VIII.

Poblacion.

La poblacion iba á la par con esta prosperidad general del país. De un censo formado en Córdoba á fines del siglo X resultaba que habia entonces en aquella ciudad seiscientos templos y doscientas mil casas, aunque es probable que muchas de éstas solo serian miserables chozas ó cabañas, y otras estarian ocupadas por varias familias. Sin dar mucho crédito á los datos numéricos, podemos sin embargo apreciar debidamente el raciocinio de un escritor ilustrado, que hace observar que la division del terreno, la baratura de los jornales, la particular atencion á producir los alimentos mas nutritivos, muchos de los cuales repugnarían á los europeos de nuestros tiempos, son indicios de que habia en aquel país una poblacion apiñada, acaso como la que hay en el Japon ó en la China, en donde se recurre por necesidad al mismo sistema económico á fin de producir solamente lo necesario para el sustento de la vida¹⁹.

Pero por mas importantes que sean para una nacion los recursos físicos, no cabe duda en que su desarrollo intelectual es asunto de mas profundo interes para la posteridad. De todos modos coinciden no pocas veces los periodos mas florecientes de lo uno y de lo otro. Así los reinados de Abderrahman III, de Alhakem II y la regencia de Almanzor, que ocupan la última mitad del siglo X, en los cuales llegaron los árabes de España á su mas alto grado de importancia política, pueden considerarse tambien como el periodo de su mayor civilizacion durante el imperio de los Omeyas; si bien el im-

19 Véase un juicioso ensayo del abate Correa da Serra, sobre la agricultura de los árabes de España, que se insertó en el tomo I de los *Archives littéraires de l'Europe* (Paris, 1804). Masdeu, Hist. Crít. t. XIII, pp. 115, 117, 127, 131.—Conde, Don. de los árabes, t. I, cap. 44.—Casiri, Bibliotheca Escorialensis, t. I, p. 338.—Cardonne refirió un cuento absurdo sobre esta materia, que han copiado con poco reparo casi todos los escritores posteriores. Según él (Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. I, p. 338) "los pueblos y aldeas que

habia en la línea de las riberas del Guadalquivir no bajaban de doce mil." Todo lo largo del rio, que no excede de trescientas millas, daría apenas espacio para aquel número de casas de labor. La version que ha hecho Conde del pasaje arábigo á que esto se refiere, manifiesta "que estuvieron derramadas en las regiones que baña el Guadalquivir" doce mil aldeas, cortijos y castillos; no indicando otra cosa esta vaga asercion que lo muy poblada que estaba la provincia de Andalucía.

PARTE I. pulso que entonces recibieron los condujo á adelantos aun mayores en los turbulentos periodos sucesivos. A Alhakem se debe atribuir principalmente aquel benéfico impulso. Fué este califa uno de aquellos pocos hombres que han empleado el terrible poder del despotismo en promover la felicidad y la ilustracion de sus semejantes. En sus cultas aficiones, amor al saber, munificencia y proteccion á las letras, puede comparársele con el mejor de los Médicis. Reunió en su corte á los literatos eminentes de su tiempo, naturales y extranjeros, y los empleó en los oficios de mas confianza: convirtió su palacio en una academia, haciéndole punto de ordinaria reunion de los hombres estudiosos, á cuyas conferencias asistia personalmente en los intervalos de ocio que le dejaban sus atenciones públicas: eligió las personas mas aptas para la composicion de obras sobre la historia civil y natural, mandando á los gobernadores de las provincias y ciudades que enviaran las noticias que pudiesen adquirir: era tambien muy estudioso, y dejó muchas de las obras que leia enriquecidas con comentarios suyos: y sobre todo, se ocupó en la reunion de una vasta biblioteca, invitando para ello á ilustres extranjeros á que le enviaran sus obras, y recompensándolos con munificencia. Ningun obsequio era para él mas grato que el de un libro. Tenia agentes en Egipto, Siria, Irak y Persia, para recoger y copiar los manuscritos mas raros; y sus bajeles volvian cargados con estas riquezas, mas preciosas que las drogas del Oriente. De este modo reunió una magnífica coleccion, que se ordenó por materias en varias salas de su palacio, y que ascendia, si hemos de creer á los historiadores árabes, á seiscientos mil volúmenes²⁰.

Desarrollo intelectual.

Aunque se puede creer que todo esto se resiente mucho del estilo hiperbólico oriental, no puede dudarse sin embargo que habia un número extraordinario de escritores en la Península por aquel tiempo. El largo y variado catálogo de Casiri prueba hasta la evidencia el afan con que los hombres, y aun las mujeres de mas alta clase, se dedicaban á las letras, aspirando las últimas públicamente á los premios, no solo de elocuencia y poesía, sino aun de los estudios mas serios que de ordinario han estado reservados al otro sexo. Los go-

²⁰ Casiri, Bibliotheca Escurialensis, t. II, pp. 38, 202.—Conde, Dom. de los árabes, parte 2, cap. 88.

bernadores de las provincias, imitando á su señor, convirtieron tambien sus córtes en academias, y concedian premios á los poetas y á los filósofos. El raudal de aquella régia liberalidad vivificó los distritos mas lejanos, pero sus efectos se experimentaron especialmente en la capital. En ella se abrieron ochenta escuelas públicas, y esplicaban la literatura y las ciencias profesores cuya reputacion científica atraia, no solo escolares de la España cristiana, sino de Francia, Italia, Alemania y las islas británicas: porque este periodo de brillante ilustracion de los sarracenos corresponde precisamente á la época de las mas profundas tinieblas de Europa, en que una librería de trescientos ó cuatrocientos volúmenes era magnífica dotacion para el monasterio mas rico; en que apenas se enontraba un sacerdote "al Sur del Támesis," como dice Alfredo, que supiera traducir el latin á su lengua nativa; en que no se hallaba en Italia, segun Tiraboschi, un solo filósofo, á escepcion del papa francés Silvestre II, que habia adquirido sus conocimientos en las escuelas de los árabes de España, y que fué acusado de nigromántico en premio de sus tareas²¹.

Tal es el brillante cuadro que se nos presenta de la ilustracion de los árabes en los siglos X y siguientes, bajo un gobierno despótico y una religion sensual; y cualquiera que sea el juicio que se forme del valor positivo de toda su alabada literatura, no puede negarse á lo menos que aquella nacion presentaba una actividad intelectual maravillosa, y unos medios de instruccion (á juzgar por lo que los árabes afirman) que no tuvieron semejantes en los mejores tiempos de la antigüedad.

Los gobiernos mahometanos de aquella época reposaban sobre tan mala base, que al tiempo de su mayor prosperidad se seguia frecuen-

Desmembracion del imperio de Córdoba.

²¹ Storia della Letterat. Ital. (Roma, 1782-97), t. III, p. 231.—Turner, Hist. of the Anglo.—Saxons (Londres, 1820), t. III, pág. 137.—Andres, dell'Origine, dei Progressi é dello Stato attuale d'ogni Letteratura (Venecia, 1783), parte 1, cap. 8, 9.—Casiri, Bibliotheca Escurialensis, t. II, p. 149.—Masdeu, Hist. Crít. t. XIII, pp. 165, 171.—Conde, Dom. de los árabes, parte 2, cap. 93.—Entre las mujeres célebres de esta época se cuenta á Valadata, hija del califa Mahomet, á la cual se elogia por haberse llevado frecuentemente la palma de elocuencia en sus discusiones con los académicos mas instruidos. Hubo otras que se consagraron á los estudios de filosofia, historia y jurisprudencia con un tesoro, que podria hacer avergonzar de su degeneracion á cualquiera moderna marisabidilla.